
IN MEMORIAM

Jorge Enrique HARDOY

Con el fallecimiento de Jorge Enrique Hardoy, ocurrido el pasado 18 de septiembre, el pensamiento arquitectónico y urbanístico latinoamericano pierde no sólo una de sus más brillantes inteligencias, sino también un incansable motor, gestor y animador de las más ambiciosas iniciativas: un líder, en el más noble sentido del término. Puede decirse sin exagerar que no hubo iniciativas en los campos de la investigación histórica y de la práctica del urbanismo en América Latina durante los últimos 35 años en la que él no jugara un rol protagónico.

Arquitecto, cursó estudios de maestría y doctorado en la Universidad de Harvard, desempeñándose como profesor en las Universidades del Litoral, Buenos Aires y Yale.

En los años 60 fue uno de los más activos animadores de la Sociedad Interamericana de Planificación, de la cual llegó a ser presidente y director de su Programa Editorial en años en que éste alcanzó una excepcional brillantez. Fue, asimismo, uno de los creadores del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (Buenos Aires) y su primer director. En los años más recientes creó el Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo (IIED-América Latina), del cual era presidente.

De su vasta producción, dos textos en particular marcaron época: **Ciudades precolombinas** (Buenos Aires, 1964) y **El modelo clásico de la ciudad hispanoamericana** (Buenos Aires, 1968). También de gran trascendencia fue el esfuerzo realizado junto con Richard P. Schaedel para la materialización de los «Simposios sobre urbanización en las Américas desde sus

orígenes hasta nuestros días», cuyas ponencias dieron origen a varios libros de obligatoria consulta para los interesados en la materia.

Su sensibilidad e inagotable energía lo llevaron a abordar también temas como el de los niños en la ciudad; las barriadas y las viviendas populares; la administración urbana; los problemas ambientales y el papel de las ciudades pequeñas e intermedias en el desarrollo. En todos ellos no sólo dio aportes relevantes, sino que creó importantes redes de investigación y de intercambio de información. Su constante movilizarse a lo largo y ancho del mundo provocaba siempre la pregunta de cuándo encontraba el tiempo para escribir, a lo que invariablemente respondía: «En el avión».

Lo más doloroso de su desaparición física es que ella lo sorprende en pleno uso de sus facultades, con varios proyectos en curso y otros tantos que le bullían en la cabeza. Queda quizá el consuelo de que a la mayoría de los mortales no le habría bastado el doble de sus algo más de 60 años para llevar a cabo una obra similar.